

ESCUELA NORMAL SUPERIOR

VICTORINO VIALE

CUE: 3001858

Corrientes 279. Tel. (0343)-4920137 mail: esc.normalsupviale@hotmail.com

LENGUA Y LITERATURA

CURSO: 4TO PRIMERA Y SEGUNDA

FECHA DE ENTREGA: 27/10/2020

EL CUENTO Y LA NOVELA

CLASE N 8

Queridos niños y niñas: estamos muy cerca de que terminen las clases así que sigan esforzándose. Recuerden que para promocionar el año deben entregar TODOS los trabajos así que traten de no atrasarse y aquellos que lo están vayan haciendo y entregando. Es la única manera. Vamos a trabajar!

¡EMPEZAMOS!

Hace varias clases que venimos viendo y leyendo obras de teatro o sea el Género Dramático hoy vamos a ver, recordar y aprender otro género literario que es la Narrativa. Dentro de la narrativa hay varios subgéneros como por ejemplo: la fábula, el mito, la leyenda, el cuento y la novela.

Nosotros vamos a ver: El cuento y la novela.

Para eso vamos a prestar atención al siguiente cuadro en donde les presento las características de los dos tipos de texto de manera breve y sencilla.

CUENTO	NOVELA
✓ Es un relato en prosa	✓ Es un relato en prosa
✓ Es antiguo	✓ Es moderno (nació con la novela "El Quijote de la Mancha")
✓ Paso de generación en generación.	✓ Se trasmite de manera escrita
✓ Nació como un relato <u>oral</u>	✓ Nació con la escritura
✓ Fue de autor anónimo	✓ Tiene autor conocido
✓ Es corto	✓ Es largo
✓ Tiene uno o dos personajes	✓ Tiene varios personajes
✓ Desarrolla una sola historia	✓ Desarrolla más de una historia
✓ Tiene pocos escenarios	✓ Tiene varios escenarios
✓ Tiene pocas descripciones	✓ Tiene varias descripciones
✓ Tiene diálogos cortos y concisos	✓ Tiene diálogos largos

En este trabajo vamos a trabajar solamente el cuento y en el próximo la novela

ACTIVIDAD N 1

1. Teniendo en cuenta las características de ambos tipos de textos Recordá y hacé una lista de los cuentos y las novelas que has leído en la escuela o fuera de ella (por lo menos 4 de cada una)

ACTIVIDAD N 2

1. Elegí un cuento bien conocido (El lobo feroz, Caperucita roja, Blancanieves, etc., etc.)
2. Reescribilo agregándole elementos tecnológicos como: celular, computadora, Wifi, Tablet, YouTube, WhatsApp, Tick Tock, correo electronico etc. etc.(no hace falta que sea muy largo puede tener media carilla o más)
3. ¿Cuál de los textos te gustó más? ¿Por qué?

ACTIVIDAD N 3

1. Leer atentamente los siguientes textos y responder:
2. ¿Por qué es un cuento y no una novela? Dar por lo menos 4 razones.
3. Completar este cuadro teniendo en cuenta los dos textos.

<u>Elementos</u>	"A LA DERIVA"	"A LA DERIVA (Y sin batería)"
<u>¿Cómo está escrito?</u>		
Personajes		
Lugar		
Problema		
Solución		
¿Qué elementos comunes tienen?		
¿Qué elementos diferentes tienen?		
Final		

ESCUELA NORMAL SUPERIOR

VICTORINO VIALE

CUE: 3001858

Corrientes 279. Tel. (0343)-4920137 mail: esc.normalsupviale@hotmail.com

TEXTO "A" A LA DERIVA (en archivo pdf)

TEXTO "B" A LA DERIVA (y sin batería)

A LA DERIVA (y sin batería)

El hombre pisó blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú que arrollada sobre sí misma esperaba otro ataque. La había visto varias veces en la cuenta de Instagram @animalespeligrosos pero la tenebrosa víbora era incluso más temible en persona que en los posteos.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras. Era una imagen que sin duda podía compartir en su Facebook pero, preocupado por su vida, no se detuvo a sacar una foto. Sabía que luego se arrepentiría: esa foto hubiera alcanzado, sin dudas, unos doscientos likes.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Con la mano derecha tanteó su pecho y se sintió aliviado al corroborar que sobre su agitado corazón latía el teléfono móvil que le había regalado Dorotea, para cuando, como en esta ocasión, anduviera trajinando por la selva. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento. A pesar

de no tener internet en la espesura del monte todavía le quedaba el recurso del SMS. Levantó la tapita, y buscó entre los últimos mensajes el de Doro como la llamaba cariñosamente. -Me muero Doro, una yarará- alcanzó a digitar sintiendo cómo los dedos se le endurecían a cada pulsación. Con mucho esfuerzo, le pidió que prepare la caña.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo. ¡Dame caña! ¿No leíste mi mensaje? ¿Para qué tenés el teléfono? Me muero

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta. Dorotea había dejado de jugar al Candy Crush para asistir a su marido.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse,

un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir(a la noche, por fin, vería el capítulo final de Games of Thrones!), y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú. Recordó esas promos del Hot Sale, ¡qué bueno hubiera sido invertir en una moto! Pero el televisor Smart había sido su deseo y el de Dorotea.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez—dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente dolorosas. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados. Le hubiese mandado un WhatsApp pero ya saben...el 4g va y viene por esos lugares. Además, Alves aún se mostraba reacio a usar la tecnología. -A mí, mejor, pegame un tubazo -solía decir- que esas caras amarillas de los mensajes, los emos, perdón, los emojis, yo no entiendo.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva. Marcó el número, intentando hacer una videollamada. Apenas el 4g podía establecer contacto. La batería era escasa. Le hubiera gustado mucho, en ese momento, ver un tutorial en YouTube sobre cómo curar la herida. Pero, como siempre que se necesita, o no hay red o no hay batería. Un colega siempre comentaba que para qué tenían teléfono si al final nunca les servía para nada. Él siempre contestaba que le servía para mirar los TikTok de sus nietos y asunto terminado. Pero lo cierto es que, en ese momento, la profecía del colega resultaba bastante acertada.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única, que nunca ningún viajero de esos que están en Instagram había retratado en otra parte del mundo.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración. Como la calma cuando los dragones de Khaleesi la salvaban, o cuando en Breaking Bad se salían con la suya e incluso cuando Internet funcionaba tan bien que la resolución HD se podía apreciar en su máximo esplendor.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Se imaginó qué viral hubiera sido haber filmado todo desde el minuto cero. Su video reproduciéndose allá, por Filipinas, en un arrozal chino, a los pies de la Estatua de la Libertad, en el espacio por algún astronauta. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú y con suerte Alves tendría batería para filmar un poco.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje que, desde que su mujer le encontró algunos mensajes sospechosos, no posteaba nada en Facebook ni tuiteaba.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Lamentó otra vez, icuántas veces ya! no haber podido fotografiar ese espectáculo de la naturaleza. Si no lo fotografió, decía siempre Dorotea, es como si no hubiera ocurrido así que dejáme sacarle una foto a la torta que acabo de hacer y después te servís.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto porque la otra vez había visto una foto en la que estaba etiquetado y le pareció que estaba un poco más flaco. Alguien le había dicho que Dougald se estaba ejercitando con un austríaco que subía videos fitness a YouTube.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también... Casi parecido al momento en el que Dorotea le spoileó el final de Lost. Tres millones de horas gastadas viendo temporadas y Doro diciendo que estaban todos muertos.

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves... ¿Fue el día en el que se estrenó la última temporada de “The Walking Dead” en Netflix? Estaba seguro de que así era, porque la conversación fue muy breve porque si no se perdería de ver el capítulo de los muertos vivientes y caminantes con su nieto.

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves... Sí, el jueves del capítulo en que el chino de The Walking Dead murió.

Y cesó de respirar.

El hombre pisó blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú que arrollada sobre sí misma esperaba otro ataque. La había visto varias veces en la cuenta de Instagram @animalespeligrosos pero la tenebrosa víbora era incluso más temible en persona que en los posteos.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras. Era una imagen que sin duda podía compartir en su Facebook pero, preocupado por su vida, no se detuvo a sacar una foto. Sabía que luego se arrepentiría: esa foto hubiera alcanzado, sin dudas, unos doscientos likes.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Con la mano derecha tanteó su pecho y se sintió aliviado al corroborar que sobre su agitado corazón latía el teléfono móvil que le había regalado Dorotea, para cuando, como en esta ocasión, anduviera trajinando por la selva. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento. A pesar de no tener internet en la espesura del monte todavía le quedaba el recurso del SMS. Levantó la tapita, y buscó entre los últimos mensajes el de Doro como la llamaba cariñosamente. -Me muero Doro, una yarará- alcanzó a digitar sintiendo cómo los dedos se le endurecían a cada pulsación. Con mucho esfuerzo, le pidió que prepare la caña.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo. ¡Dame caña! ¿No leíste mi mensaje? ¿Para qué tenés el teléfono? Me muero

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta. Dorotea había dejado de jugar al Candy Crush para asistir a su marido.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir (a la noche, por fin, vería el capítulo final de Games of Thrones!), y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú. Recordó esas promos del Hot Sale, ¡qué bueno hubiera sido invertir en una moto! Pero el televisor Smart había sido su deseo y el de Dorotea.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez—dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes

manchas lívidas y terriblemente dolorosas. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados. Le hubiese mandado un WhatsApp pero ya saben...el 4g va y viene por esos lugares. Además, Alves aún se mostraba reacio a usar la tecnología. -A mí, mejor, pegame un tubazo -solía decir- que esas caras amarillas de los mensajes, los emos, perdón, los emojis, yo no entiendo.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva. Marcó el número, intentando hacer una videollamada. Apenas el 4g podía establecer contacto. La batería era escasa. Le hubiera gustado mucho, en ese momento, ver un tutorial en YouTube sobre cómo curar la herida. Pero, como siempre que se necesita, o no hay red o no hay batería. Un colega siempre comentaba que para qué tenían teléfono si al final nunca les servía para nada. Él siempre contestaba que le servía para mirar los TikTok de sus nietos y asunto terminado. Pero lo cierto es que, en ese momento, la profecía del colega resultaba bastante acertada.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El

paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única, que nunca ningún viajero de esos que están en Instagram había retratado en otra parte del mundo.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración. Como la calma cuando los dragones de Khaleesi la salvaban, o cuando en Breaking Bad se salían con la suya e incluso cuando Internet funcionaba tan bien que la resolución HD se podía apreciar en su máximo esplendor.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Se imaginó qué viral hubiera sido haber filmado todo desde el minuto cero. Su video reproduciéndose allá, por Filipinas, en un arrozal chino, a los pies de la Estatua de la Libertad, en el espacio por algún astronauta. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú y con suerte Alves tendría batería para filmar un poco.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje que, desde que su mujer le encontró algunos mensajes sospechosos, no posteaba nada en Facebook ni tuiteaba.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Lamentó otra vez, icuántas

veces ya! no haber podido fotografiar ese espectáculo de la naturaleza. Si no lo fotografío, decía siempre Dorotea, es como si no hubiera ocurrido así que dejáme sacarle una foto a la torta que acabo de hacer y después te servís.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto porque la otra vez había visto una foto en la que estaba etiquetado y le pareció que estaba un poco más flaco. Alguien le había dicho que Dougald se estaba ejercitando con un austríaco que subía videos fitness a YouTube.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también... Casi parecido al momento en el que Dorotea le spoileó el final de Lost. Tres millones de horas gastadas viendo temporadas y Doro diciendo que estaban todos muertos.

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves... ¿Fue el día en el que se estrenó la última temporada de “The Walking Dead” en Netflix? Estaba seguro de que así era, porque la conversación fue muy breve porque si no se perdería de ver el capítulo de los muertos vivientes y caminantes con su nieto.

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves... Sí, el jueves del capítulo en que el chino de The Walking Dead murió.

Y cesó de respirar.

Autores: Ailén Marzano/ Sofía Vecchiotti /Matías Riesco /Rafael Roja